

Zeitschrift: Hispanica Helvetica
Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
Band: 28 (2016)

Artikel: Poesías desconocidas del Siglo de Oro : recuperadas de la Biblioteca de Ginebra
Autor: Madroñal, Abraham
Kapitel: La dispersión de la biblioteca y del archivo de los condes de Altamira
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-840903>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

Download PDF: 07.01.2026

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

1. La dispersión de la biblioteca y del archivo de los condes de Altamira

A las alturas de 1870 una importante familia nobiliaria española, la de los condes de Altamira, se había arruinado y tuvo que vender una magnífica colección de libros y manuscritos, que se dispersó (fundamentalmente los libros) por todo el mundo. Los manuscritos fueron a parar a diferentes bibliotecas, como las de Zabálburu o Valencia de don Juan, en Madrid; el British Museum (Londres), la Hispanic Society of America (Nueva York) o la Biblioteca de Ginebra (Andrés 1986).

El entonces poseedor del título era José María Osorio de Moscoso y Carvajal (1828-1881), XV conde de Altamira, que también ostentaba los títulos nobiliarios de XVI duque de Sessa, XVIII de Maqueda, VI de Montemar, XX marqués de Astorga, XI de San Román, IX de Morata y XI del Águila, XX conde de Trastámara y que casó con doña Luisa Teresa María de Borbón y Borbón Dos Sicilias, infanta de España. No se le puede señalar como responsable del desastre, porque el endeudamiento de la familia lo había heredado de su padre y, especialmente, de su abuelo, don Vicente Joaquín Osorio de Moscoso y Guzmán (1756-1816), XIII Conde de Altamira.

Como señala muy bien Alfredo Alvar (en prensa), de los duques de Sessa procedían los documentos del Gran Capitán, pero también (en lo que afecta a la literatura) los papeles autógrafos de Lope de Vega, comedias y epistolario, fundamentalmente, de la misma manera que los llamados códices autógrafos de Durán (García de la Concha-Madroñal 2011), Pidal (desaparecido) o Daza (actualmente en la Biblioteca Nacional de España). Pero los condes de Altamira disponían también de una colección propia, a la que se habían agregado

otras como las del conde-duque de Olivares, muy rica en documentos históricos.

La dispersión de toda esta riqueza bibliográfica y documental había empezado ya hacia 1826, cuando salen en dirección a Londres los primeros libros impresos (Alvar en prensa), si bien es hacia 1870 cuando tenemos más noticias de la venta del patrimonio: Mariano Zabálburu paga una importante cantidad a la familia Altamira para hacerse con una parte del legado; José Sancho Rayón, un importante bibliófilo, ayuda a conseguir las mejores piezas, mientras Paul Chapuy, archivero o administrador de la familia, tiene que contemplar con desagrado todo este tipo de cambalaches. Este nombre, el de Chapuy, será para nosotros clave en la parte de la colección que llega a Ginebra.

También tuvo su importancia en todo este proceso de transmisión el erudito Agustín Durán. González de Amezúa sugiere la fecha de hacia 1830 o 1840 como el momento en que Durán tiene acceso a las cartas de Lope (que estaban en la colección Altamira), que iban a revolucionar el conocimiento de la biografía del dramaturgo, pero creo que tal fecha hay que anticiparla. Hasta ocho o nueve volúmenes del epistolario del Fénix se conservaban en dicha biblioteca, que había sido del duque de Sessa (el protector del dramaturgo), de los cuales hoy tenemos solo cinco: tres que se copiaron en 1863 para la Biblioteca Nacional, uno que compró Durán en 1814 y que pasó después al marqués de Pidal y, más tarde, a la Real Academia Española, y otro conservado hoy en el British Museum (García de la Concha-Madroñal 2011: 18). Como decía, Durán también tuvo acceso a tres cuadernos borradores del Fénix en su última etapa (1626-1631), que conocemos hoy con el nombre de sus poseedores: Durán, Pidal y Daza. Es evidente que debieron de existir más cuadernos y, desde luego, más volúmenes de cartas de Lope en la misma colección, pero hasta hoy desconocemos su paradero. Una de esas cartas del Fénix aparecía suelta precisamente en los fondos de la Biblioteca de Ginebra (Muret 1913).

Lo cierto es que el conde de Altamira vendió esos papeles, acaso apremiado también por las circunstancias políticas que estaba atravesando el país (la revolución de 1868 y el destronamiento de Isabel II) y esa venta tuvo una primera fase bochornosa, cuando los documen-

tos se vendieron al peso como papel viejo y fueron a parar, según es tradición, a las diversas tiendas madrileñas, que los utilizaban como papel de envolver en el mejor de los casos. Entre 1870 y 1871 tenemos documentada la entrada de importantes legajos de esta colección en el British Museum; en 1872 es la biblioteca del conde de Valencia de don Juan la que los recibe y por las mismas fechas la biblioteca de los Zabálburu (Llera 2007). El Fondo Altamira de la Hispanic Society parece haber llegado más tarde y en virtud de otras circunstancias que no hacen al caso (Rodríguez Moñino / Brey Mariño 1966). El último conjunto de los mencionados papeles es el que llega a Ginebra y del que trataré a continuación.

2. El Fondo Édouard Favre de la Biblioteca de Ginebra

Existe en la Biblioteca de Ginebra el conocido como Fondo de Édouard Favre, que procede, directa y únicamente, de la biblioteca de los condes de Altamira. Y conocemos no solo su procedencia, sino las fechas de compra y la manera en que dicho Fondo llegó a Ginebra: en 1896 el historiador ginebrino Édouard Favre (1855-1942) había comprado los documentos a los herederos de Paul Chapuy (que antes aparecía como bibliotecario o administrador de Altamira), el cual era cónsul general de Suiza en España entre 1861 y 1877¹. Favre cede su colección a la Universidad de Ginebra en 1907. Un tercer nombre importante aparece relacionado con dicho Fondo, el del archivero ginebrino Léopold Micheli (1877-1910), que se encarga de hacer el inventario de la colección y de publicarlo entre 1909 y 1912 en el *Bulletin Hispanique*. Frédéric Barbey cuenta al detalle el complicado trabajo de Micheli, que se ve obligado a aprender español para clasificar los documentos y no tiene inconveniente en invertir tiempo y esfuerzo en la labor:

[Micheli] apprend l'espagnol, il classe chronologiquement ces documents, les déchiffre, les analyse, identifie les auteurs et les destinataires

¹ Tomo los datos de este epígrafe del estudio de Alfredo Alvar (en prensa).